Enraizarse en el viento

Martín López-Vega

Se ha convertido en un tópico comenzar cualquier escrito sobre la poesía de Hugo Mujica (Buenos Aires, 1942) refiriéndose a su experiencia monástica. El propio Mujica se refiere a esa experiencia como clave en su devenir personal, de modo que la insistencia tiene sentido. En esta ocasión recojo las declaraciones del poeta en una entrevista con Alejandro Napolitano. Habla Mujica de su interés inicial por las filosofías orientales de la mano del gurú Satchidananda, que Allen Ginsberg le había presentado en Nueva York. Le acompañó a una conferencia que iba a dar en un monasterio trapense, y ahí, cuenta Mujica que tuvo «Un ataque de llanto y una idea de reconocimiento. Recuerdo que le pregunté a un monje si en la misa de hoy daban la comunión, sin saber que misa y comunión eran lo mismo; fui a comulgar, no sé, en realidad no sabía lo que me pasaba... algo así como llegar a casa. Cuando el gurú se fue yo le dije que me iba a quedar unos días. Me quedé meses. Un tiempo después me reencontré con él, le conté mis experiencias y le agregué: 'pero igualmente me voy a India'. El me dijo: 'no, ir de acá para allá son cosas de la mente, quedate ahí, cuando te digan que te tenés que ir ya vas a saber qué hacer'. Yo vivía en una casita en el bosque, todo muy lindo. A los tres meses de estar de visita me dijeron, bueno pibe, te tenés que ir, entonces decidí que me incorporaba al Monasterio, y me quedé siete años más. Creo que esa fue la experiencia eje de mi vida. Si hay un antes y un después son esos siete años, o ese minuto, da lo mismo. Algo extra se abrió en mí. Yo siento sobre los demás, algo así como la ventaja de tener un pulmón extra, que son esos siete años de silen-

---

Hugo Mujica: *Y siempre después el viento*. Visor, Madrid, 2011.

cio, de soledad, de vivir en un espacio donde... donde... se está bien. Ahí empecé a escribir, de pintar había dejado como un año antes de entrar a la vida monástica. Llegó un momento en que yo sentí que debía compartir lo que había encontrado».

La forma de compartir esa búsqueda, en el caso de Hugo Mujica, ha sido la poesía. Y hay una idea en esas declaraciones que es de especial interés para comentar su último libro de poemas hasta el momento, *Y siempre después el viento*: «Ir de acá para allá son cosas de la mente, quedate ahí». Varios poemas del nuevo libro insisten en esta idea. La búsqueda consiste en esperar, moverse consiste esencialmente en buscar la quietud. Así en «Renuncia» nos dice que la búsqueda es «soportar / la ausencia de lo que buscamos». Es «regresar a la sed», como se nos dice en otro poema. «El viaje más / lejano / es el sosiego», afirma «Travesía», un buen ejemplo también de cómo a veces le ronda a Mujica la tentación del aforismo. Decía Tsa k'en Tan: la quietud en la quietud no es la verdadera quietud. Y ese es el mismo pensamiento de Mujica cuando nos dice que los árboles (un símbolo importante del libro, casi siempre comparados con los seres humanos) lo que buscan es «enraizarse en el viento». El árbol es el símbolo de lo que el hombre debiera ser: enraizado en el viento «parece alzarse escuchando».

Un poema como «En la piel» resume el proceso que la poesía de Mujica propone. Está primero la renuncia: «A lo lejos, afuera, / cae / una lluvia / que tan solo huelo». La lluvia está ahí, lo sabe, pero no va a salir a buscarla. Es ella quien «aún no ha llegado». Tras la renuncia, llega la contemplación: «Aquí / en la piel, como en una página / en blanco, / espero que el agua, la lluvia [...]» y luego llega el tercer estadio, la iluminación, la revelación: «[...] lo que vive y tiembla, / me sea alguna vez revelado».

La primera renuncia es la renuncia al *yo*. «Cada vida», paradójicamente, niega la singularidad de cada única existencia, que ni aporta ni quita nada al universo, del mismo modo que «Una tras otra se alzan y / caen las olas / y ni tan sólo una gota le quitan / ni una gota le agregan al mar». Es una renuncia absoluta: «ni raíz ni flor, / me nazco tierra». La única búsqueda posible está en la renuncia a la búsqueda. Así lo dice «Quiebre»: «En el fracaso de la búsqueda / se revela lo que nos encuentra: // lo que pide ser

acogido / en el vacío de lo que nos fue arrancado». La renuncia lo es todo, y por eso en «Todo» escribe Mujica: «ese vacío es el don / y ese don es también todo». La renuncia, el aislamiento. «Hay vidas / que viven sin ser miradas», comienza «Olvido»: «como se abre / una flor / al abrigo de un bosque / por el que nadie y solo el viento / ha pasado». Vidas, como escribe en «Más hondo», el poema que cierra el libro, «en las que el alma / se abre / más hondo / que donde esas vidas laten». La renuncia al exterior para centrar la búsqueda en una herida que es anterior a todo.

La poesía de Hugo Mujica está hecha de contrarios que no se niegan, sino que buscan armonizarse. Y en esa armonización de lo aparentemente opuesto debiera encontrarse lo sin nombre, aquello que al nombrarse se pierde, eso que somos y nos escapa. No es casual la cita de Hugo von Hofmannsthal que Mujica coloca al frente de este nuevo libro: «Mas lo que me conmueve y, próximo, arrebata / –trayendo, sin pedirlas, estas lágrimas–, / eso que, anocheciendo, se revela cercano, / y en lo interior madura: / eso vive, y ninguno sabe el nombre». En esa idea insiste el primer poema del libro, «Confesión»: el poeta anhela un poema «que pueda leerse en voz alta sin que nada se oiga», afirma la existencia de algo interior inexpresable, inasible, indecible («en las sombras de su propia luz / se oculta el dios invisible»), que escapa, sin desvanecerse, cuando se intenta tocar: el poema, como ese algo interior, como la pompa de jabón del aforismo de Gilbert Cesbron, debe ser: o perfecto, o nada.

Hugo Mujica busca ese centro mismo, no se conforma con los efectos de su existencia, por benéficos que puedan ser: «busco el nacer de la luz, / no su alumbrarme». No importa exponerse a la ceguera o, mejor, es esa ceguera la que se busca: una ceguera en la que ver por fin verdaderamente. «Ver es no abrir los ojos», nos dice en «Osadía». De nuevo, esa unión de contrarios que da lugar a algo nuevo: «Las dos orillas / son siempre una, pero se sabe solo al final»), a ese algo interior que implosiona silenciosamente, inalcanzable, irrenunciable. Interior, pero carnal: el alma está en la carne, no son disociables. Es «en la carne / donde se nace el alma» y no en ningún otro sitio.

Pocos, esenciales son los símbolos sobre los que Mujica construye sus poemas, breves como secuencias de un breviario espiri-

tual. Una es la orilla, que ya hemos visto. Otra es el pájaro, puro vuelo (en poemas como «Para siempre», se nos dice que en el pájaro todo es vuelo, incluso la muerte). Uno más, el viento, ese viento en el que deberíamos enraizarnos, que «no pasa», que «siempre está llegando». Esencial es la oposición entre el anochecer y el amanecer aunque, como todos los opuestos en la poesía de Hugo Mujica, no son más que dos caras de un mismo ser: se suceden sin cesar como parte de una misma espera de la revelación, del mismo modo que «Los pétalos, no las espinas, / es el dolernos de la rosa» o «Lo lejano» «es el adentro de todo afuera», «todo el afuera es la propia hondura». Otro símbolo esencial es el relámpago, que abre la iluminación a lo imposible, a lo que no puede medirse, a lo que solo es inteligible de una forma no intelectual. Ese relámpago es el que nos provoca la ceguera en la que por fin vemos, «incendia de blanco mis ojos».

¿Y tras la iluminación? En lo oscuro ya no hay sombras, sino «huellas de lo perdido». Y tras eso solo queda cerrarse y arrojarse. «No hay otro lado, / saberlo es el otro lado».

La poesía de Hugo Mujica busca ese relámpago en el que todo se armoniza con su contrario, se completa: desaparecen los volúmenes de las cosas y lo interior se vuelve exterior. El alma debe ser algo así: un no-ser que es todo el ser. Y ningún poeta se ha acercado tanto a ella como Hugo Mujica. ©